

Psicoanálisis de la corrupción²⁶

Mario González Velásquez²⁷

Sinopsis

No deben tomarse como estos dos enfoques como antagónicos, sino como complementarios, ya que contribuyen a una mejor comprensión del problema que nos ocupa.

Tanto en el paciente, como en el analista y en su institución, así como en los demás seres humanos y en la sociedad en general, existe la tendencia a la corrupción que no es otra cosa que el deterioro progresivo de la integridad, la virtud o la moral, tanto más frecuente cuanto más pase el tiempo, y el individuo se enfrenta al declinar físico y a la muerte.

A esta corrupción se opone el desarrollo pleno de los ideales y valores, ya sea por el logro exitoso de la cohesión del *Self* durante la evolución de la personalidad, o por la reactivación de tales ideales durante el análisis personal (tratamiento psicoanalítico). Como en el trastorno narcisista de la personalidad es más probable que la tendencia a la corrupción se abra paso, el análisis de estos individuos requiere que el analista tenga presente y conozca bien el propio desarrollo de sus ideales, la cohesión de su *Self* y las posibles fallas estructurales de su personalidad. De cualquier manera, es del interés personal de todo aquel que tenga que ver con los problemas psicológicos de los demás, enterarse de que el propio sistema de valores y los ideales en general pueden deteriorarse y, como consecuencia, aparece la corrupción. El ejercicio del psicoanálisis incluye, hoy por hoy, transmitir a los pacientes y a los candidatos estas nociones,

²⁶ Trabajo presentado en la Conferencia Internacional En el Umbral del Milenio, reunido en Lima, Perú, entre el 15 y el 20 de Abril de 1998, bajo los auspicios de la Unesco y de la Asociación Psicoanalítica Internacional, y publicado en la REV. PSICOANÁLISIS (1998) I 0. (1): 71-81. El autor participó en calidad de Presidente de la Asociación Psicoanalítica Colombiana, Grupo de Estudios I.P.A.

²⁷ Psicoanalista Titular del Asociación Psicoanalítica Colombiana. Q.e.p.d.

así como divulgar entre los intelectuales, académicos y líderes comunitarios tales principios.

La palabra *Corromper* proviene del latín (*Corrumpere*) y significa alterar, depravar, trastornar, echar a perder, dañar, podrir, sobornar, cohechar, estragar, viciar y pervertir (Diccionario Enciclopédico Espasa, 1978).

En términos psicológicos la corrupción es el deterioro progresivo de valores tales como la integridad, la virtud o la moral. Es hoy por hoy, una de las causas de mayor perturbación, toda vez que afecta a Estados, gobiernos e instituciones. Sus efectos pueden estudiarse tanto a nivel de las culturas, o civilizaciones (Spengler, 1918-1922), como a nivel de los individuos. Es en este nivel individual en donde el psicoanálisis puede hacer los aportes más valiosos, por lo cual me propongo, desde mi perspectiva de psicoanalista, y a partir de la investigación centrada en el marco privilegiado de la sesión analítica, ilustrar sobre los componentes psicológicos de la corrupción humana, no sin hacer un esfuerzo por apartar la tentación de una digresión en forma de incursión, sobre la sociología, la educación, la ética o la política.

Dada la complejidad de los problemas que aborda el psicoanálisis, la síntesis explicativa a la que debo limitarme puede parecer apodíctica, dogmática y reduccionista. Es más, el relato resultará de todos modos incompleto y precario, pero procuraré utilizar los conceptos más claros y sencillos, a fin de facilitar el intercambio enriquecedor que finalmente compensará este esfuerzo.

A Freud se le ha criticado por no haber hecho una distinción clara entre el ideal del yo, es decir el patrón ideal de lo que uno desearía ser, y el superyó, instancia que se caracteriza por su poder de amenaza, prohibición y castigo. El consideró que estos dos aspectos estaban íntimamente entrelazados y que todos los ideales eran producto de la introyección, de tal manera que su diferencia residía más que todo en la historia previa de la relación con los objetos. En tales circunstancias, el psicoanálisis por muchos años no pudo separar los ideales auténticos que son bien aceptados por la personalidad total, de los ideales impuestos que uno cree que debe profesar porque así los exige una autoridad, ya sea externa o internalizada.

La evolución que tuvo el pensamiento de Freud a partir del año 1924, acerca de las funciones del Yo, complementada con las ideas de Hartmann (1939), permitió a Erikson (1950) ubicar la integridad de la persona en una de las etapas evolutivas del desarrollo.

Erikson relacionó el sano desarrollo del yo con la existencia de un ambiente adecuado y correcto, con lo cual tendió un puente entre el mundo interno psicológico y el mundo externo. Escogió al yo como el instrumento mediante el cual el individuo organiza la formación exterior, valora la percepción, selecciona los recuerdos, dirige la acción de manera adaptativa e integra las capacidades de orientación y planeamiento. Describió los conflictos típicos de cada fase del desarrollo psicológico, correspondiendo al último estadio el de la integridad frente a la desesperación. Cuando la muerte ha llegado a convertirse en preocupación diaria, el adulto maduro experimenta sentimientos de desesperación. Puede triunfar sobre ellos gracias a la integridad de su yo, es decir, como resultado de un intenso sentido de sí mismo y del valor de su vida pasada. La fuerza que proviene de la mirada retrospectiva a una vida satisfactoria, permite superar el miedo a la muerte, a la desesperación y al permanente disgusto acompañante.

Aún cuando el paso anterior fue importante en la teoría psicoanalítica, se hizo más claridad sobre los ideales y la integridad de la persona cuando Kohut (1971) desarrolló la psicología del *Self*. Más allá del Yo, como estructura subordinada dentro del aparato psíquico, correspondiente al modelo tripartito freudiano, apareció el concepto psicoanalítico del *Self*, supraordinado y relacionado con el mundo de los objetos, vinculado al desarrollo de la libido narcisista y a la regulación de la autoestima, concebido como fuerza integradora que mantiene la continuidad y consistencia de la persona en el tiempo, presente en las primeras etapas del funcionamiento mental y trascendente en la evolución como eje unificador de los elementos constitutivos de la personalidad, incluyendo valores, principios y realizaciones. Aún cuando la teoría Kohutiana es bien conocida, permítaseme destacar algunos aspectos relativos al tema propuesto. El *Self* en su desarrollo pasa por una serie de etapas que culminan en el logro de un estado cohesivo. Para adquirir esta cohesión, caracterizada por firmeza, estabilidad y continuidad temporoespacial, el *Self* requiere durante su crecimiento la ayuda de objetos que

ejecuten las funciones específicas y apropiadas de cada fase del desarrollo, las cuales no puede realizar el niño debido a su incapacidad. Tales objetos -en el sentido psicoanalítico fueron denominados evocativamente por Kohut como *Selfobjects* porque, aún cuando corresponden a las figuras parentales, son vividos como parte del *Self* ya que están a su servicio y conservan su investidura pulsional

El *Self* cohesivo está conformado por tres elementos constitutivos fundamentales: el polo de las ambiciones, el polo de los ideales que agrupa los valores e ideales básicos y la zona intermedia de las habilidades y destrezas que contiene los talentos y se activa por el arco de tensión establecido entre los dos primeros.

El polo de los ideales se origina en la necesidad del niño de vivenciar la fusión con un objeto como algo grandioso, tranquilo, dulce y perfecto. El *Selfobject* con estas características se configura como la *Imago Parental Idealizada* que funciona como una fuente de fortaleza para el incipiente *Self* en su perfección y grandiosidad, impulsando hacia el logro de su cohesión.

Ahora bien, corno la catexia del *Self* es el narcisismo, si no se obtiene el suficiente suministro narcisista a partir del medio circundante, el *Self* queda pobremente catectizado y aparecen síntomas tales como angustia desintegrativa, rabia, culpa, confusión y sensación de minusvalía, a más de incapacidad para sentirse perteneciendo a un grupo y compartir ideas, teorías y culturas. Y en consecuencia, si la estructura del *Self'* es frágil y poco cohesiva, los cambios vitales como el crecimiento y la partida de los hijos, la pérdida de la pareja, la disminución del trabajo, el decaimiento de la vitalidad o la pérdida del prestigio, son vividos en forma dramática y melancólica.

Además, si el *Self* es frágil y poco cohesivo, el derrumbe narcisista es más probable. Esto sucede cuando los mecanismos compensadores y reguladores de la autoestima se desactivan y los mecanismos defensivos primitivos dejan de funcionar. Entonces, surge el deterioro físico o intelectual, se acaban los esfuerzos para lograr los ideales, hay fracaso laboral y pérdida de las relaciones afectivas significativas y de los vínculos objetales.

Ante la pérdida de su norte, así como ante la pérdida del poder o del prestigio, el individuo con déficit narcisista tiende a aferrarse a ventajas o privilegios mezquinos, a perder la generosidad que podría permitirle trascender y obtener el reconocimiento y afecto de los demás y a experimentar una creciente proclividad hacia la corrupción.

La corrupción es una tendencia presente en todos los seres humanos. Tanto las civilizaciones como los individuos tienen que oponerse constantemente a esta tendencia a alejarse de los ideales de juventud, tanto más intensa cuanto más pasa el tiempo y más se enfrenta el individuo a las vicisitudes de la vida. No toda persona se vuelve corrupta, pero las inevitables presiones de la vida hacen que se requiera de un freno continuo para evitar sus efectos. Solamente quien posee un *Self* cohesivo, fuerte y capaz de mantener sus ideales hasta la vejez, puede mantenerse íntegro. Justamente los individuos con patología narcisista son menos capaces de resistir la tendencia a la corrupción, porque no cuentan con un *Self* cohesivo, en especial con el polo de los ideales suficientemente catectizado por libido narcisista, de modo que pueda enfrentar e impedir el surgimiento de la corrupción, sobre todo en circunstancias de dolor, desilusión o temor.

Esta es otra forma de concebir al problema que describió Erikson. Con interesantes aportes así lo confirmó Chessick en 1994: El desarrollo de los ideales depende de la cohesión del *Self*. La fuerza con que la personalidad se defiende de la tendencia a la corrupción depende de una catexia narcisista suficiente. Las personas con trastornos narcisistas de la personalidad no logran frenar con éxito la tendencia a la corrupción.

Viñeta Clínica

Ofrezco a continuación una viñeta clínica para ilustrar mejor esta situación:

F. llegó a análisis decepcionado de tantos años de trabajo y de tan pocos logros. Tenía 40 años, había trabajado durante 10 años consecutivos en una industria afamada y había escalado altas posiciones como ejecutivo, pero se consideraba mal remunerado, poco reconocido y un tanto decepcionado. Para resarcirse del maltrato que sentía y que atribuía en parte a los directivos de la

empresa, había ideado con un amigo una serie de negociados en los cuales él ganaría un porcentaje por favorecer a determinado vendedor en la compra de los insumos básicos que la industria requería para la elaboración de sus productos. En lugar de sentirse culpable por esta conducta desviada que él mismo había considerado inaceptable en otra época anterior, experimentaba cierto orgullo y beneplácito que no dejaba de manifestar.

F. había sido desde su adolescencia un sujeto encantador e inteligente, lleno de aspiraciones y de anhelos de triunfo en su carrera. Realizó con éxito sus estudios universitarios, pero al llegar a las etapas finales de su postgrado muchos compañeros le notaron una cierta desconsideración, excesivo apego al dinero y una obsesión en aumento por conseguir mujeres para tener relaciones sexuales. Más tarde, al iniciar su vida Laboral se expresaba con frialdad de sus amigos y hacía críticas degradantes a quienes le habían ayudado a posicionarse. Tal arrogancia reñía con el estudiante admirado por todos en su juventud y mucho más con el niño sumiso y dependiente que había sido.

En efecto, en su niñez había optado por unas actitudes de sometimiento ante un padre rígido, autoritario y ausente, con el cual aparentemente se identificaba, pero a quien en realidad rechazaba con ahínco. La madre no contaba para él ya que no le veía vida propia y la consideraba como adúladora y rastrera admiradora de su padre. Durante la adolescencia pensó que, en realidad, tenía más astucia y decisión que su padre y que terminaría por ser una persona mejor, sobre todo porque aquel había sido a la postre sólo un pobretón.

En su análisis repitió transferencialmente una relación similar. Se sometía a mis interpretaciones, como si estuviese oyendo una clase con atención, pero con incredulidad. No tardó mucho en desvalorizarme porque pensaba que en un solo negocio él podía ganarse lo que yo en un mes o en un año. Y en etapas más avanzadas llegó a proponerme un día que le diese un certificado por un número mayor de sesiones, a fin de facturarle la cuenta a su seguro de salud por un mayor precio, y de paso cobrarle también a la Empresa el mismo tratamiento, porque consideraba que éste sería un camino para hacerse pagar por la derecha todo el desgaste sufrido en su trabajo durante los años anteriores.

La desilusión que sufrió por mi negativa casi culmina en capitulación de su tratamiento. Pero, quizás lo que determinó que siguiera fue mi interpretación activa sobre su corrupción. Naturalmente que tal interpretación no fue un suceso, sino un proceso ante el cual se opuso con intensa actividad resistencial. El análisis, como su empresa, sus padres y todas las instituciones eran despreciables. Sus desesperaciones y sus innumerables malestares físicos que lo acompañaban, eran consecuencias lógicas de la incomprensión de los demás y de la incapacidad de sus directivos de visualizar sus verdaderos valores.

Difícilmente aceptó tener un proceso de decadencia provocado por los años de ardua labor y por el esfuerzo, las frustraciones y los sinsabores. Y más sufrimiento experimentó cuando comprendió que no contaba con fuerza suficiente en su *Self* para tolerar y frenar el deterioro que se comenzaba a producir en sus ideales y valores.

En realidad, F. no había logrado una introyección de los aspectos positivos de sus figuras parentales, de tal forma que no había tenido una idealización estructurante que le permitiera crear y sentir un ideal fuerte y duradero. Después de varios años y a partir del momento en que su análisis fue una institución viable, luego de un largo período de relación empática y firme, su *Self* avanzó en medio de frustraciones óptimas hacia la adquisición de una mejor autoestima y hacia un nuevo incremento de sus ideales, así como hacia una mayor capacidad para mantener su cohesión y una mayor habilidad para descubrir en los demás los objetos maduros de amor y comprensión.

Sin embargo, en las últimas etapas de su análisis de vez en cuando volvía a sentir ese disgusto por todo lo que le rodeaba, una especie de misantropía, fácil desilusión, cinismo y rabia. Y en una oportunidad me dijo que siempre había tenido la fantasía de tumbarme en algún negocio en el que la vida nos pudiera reunir y nos pusiera frente a frente. Fue esa una preciosa ocasión, en la cual conjuntamente logramos analizar el origen de ese deseo. Siempre se había sentido tumbado por su padre, pues nunca recibió el amor esperado, ni ninguna manifestación de aprecio o admiración. No solamente había sido estafado, sino que había sido un cobarde incapaz de proteger

a su madre. A ella también la tumbaba su padre, en el sentido económico y sexual, pues en 10 o 20 minutos de visita, él podía poseerla contra una pared y luego alejarse sin demostrar una pizca de cariño. Y, ahora, que yo lo había mantenido tumbado en el diván, en todos los sentidos en que él podía simbolizarlo, deseaba una venganza y, de paso, un robo de mis valores y de mi fuerza como terapeuta para alimentar su insuficiente *Self*.

No me detengo, a propósito, en los conflictos psicosexuales de su alterada personalidad, como por ejemplo en los originados por las pulsaciones homosexuales y anales que exhibía en su relación ambivalente con su análisis y con el analista en particular. Ni tampoco, en los conflictos orales que explicaban su exagerada ambición, su envidia y su temor persecutorio.

Desde luego, todos estos elementos fueron objeto reiterado de análisis, lo mismo que su rivalidad con su padre y su deseo incestuoso por su madre y sus hermanas medias. Es el momento de aclarar que F. era hijo único de padres que convivían libremente, pues el padre era casado con otra mujer y tenía 2 hijas de su matrimonio. En realidad, el padre sólo lo veía por períodos cortos de tiempo, durante los cuales usaba sexualmente a la madre, con lo cual se pagaba el esfuerzo que hacía para mantener esta especie de familia subsidiaria. Para los analistas que me escuchan no será difícil encontrar en estos hechos la fuente de muchas explicaciones psicodinámicas, las cuales prefiero dejar tácitas en aras de continuar con los aspectos que deseo privilegiar. Entre éstos el hecho clínico incuestionable de que en su desarrollo narcisista fallaron los objetos que podrían haber favorecido la buena estructuración de su *Self*. En efecto F. quería reivindicar sus derechos que, como los de su madre, él consideraba vulnerados y desconocidos. Pero lo hacía de manera corrupta proponiendo desviaciones sutiles y expresando su deseo de venganza y agresión. No logró una sana identificación con los valores e ideales parentales, entre otras razones porque nunca pudo visualizarlos con precisión.

Después de varios años de análisis llegó a la etapa final de su tratamiento, durante la cual pude observar una mejoría considerable de sus síntomas iniciales (angustia, depresión y sensación de minusvalía), pero no

estoy seguro de que su deficitario *Self* pueda mantener los ideales renovados hasta la vejez, sin que la corrupción haga de nuevo su aparición, sobre todo ante la fatiga y los reveses de fortuna. Al fin y al cabo, él es un paciente con patología narcisista y, por lo tanto, siempre estará más expuesto a una falla de su integridad.

No sería completo el análisis del paciente si dejara de referirme brevemente a los aspectos intersubjetivos. Este paciente comenzó su análisis cuando yo empezaba también una etapa de renovación de mis ideales psicoanalíticos. El Grupo psicoanalítico al que pertenecía había quedado años atrás por fuera de la comunidad psicoanalítica internacional y el deterioro de la identidad analítica era una amenaza constante que caía sobre la institución y sobre cada uno de sus miembros.

Precisamente, (González 1987), publiqué un trabajo sobre la *Decadencia de un Grupo Psicoanalítico y su relación con la transferencia perversa* (Meltzer, 1974, p. 219). Pensaba que de la misma manera como un paciente puede subvertir el rol del terapeuta y el proceso analítico cuando no acude al tratamiento para cambiar y curarse, sino para aprender a conservar su perversión, así mismo un psicoanalista puede funcionar dentro de un Grupo no para aumentar sus conocimientos psicoanalíticos, continuar su crecimiento personal y transmitir el fin del grupo y lograr un funcionamiento particular sin ninguna interferencia por parte de los demás.

Esta tesis podía confinarse a diario en mi Grupo cuando se veneraba a destacados miembros que eran indudables hombres de ciencia, mientras se desestimaba el psicoanálisis como ciencia, como terapia o como teoría psicológica. A pesar de su importancia, algunos miembros no tenían ideales psicoanalíticos muy fuertes y su entusiasmo se deterioró ante las vicisitudes sufridas por el Grupo.

Como era obvio, a nivel clínico reviví con mi paciente todas las amenazas que ha tenido mi integridad analítica, no sólo las que provenían directamente de F. sino también las que constantemente, pero en forma más sutil, provenían de mi propio Grupo analítico, hoy en día sometido por su propia decisión a una especie de tratamiento institucional, a través de la ayuda que le proporciona un *Sponsoring Committee* de la I.P.A.

No quiero entrar en detalles específicos sobre aspectos personales e institucionales, de los cuales solo he hecho algunas alusiones muy pasajeras y superficiales, pero tampoco quiero negar la existencia de la tendencia a corromperse en los analistas y en sus instituciones. Además, porque pienso que la mejor manera de ayudar a otros estamentos sociales reside en que puedan ver en nuestro ejemplo un modelo para abordar el problema de la corrupción, cuyas bases fundamentales consistirán en no negar el problema, en primer lugar, y luego en poderlo analizar y comprender en toda su dimensión psicodinámica. Al respecto, solamente recordaré algunos trabajos que han tratado el tema con verdadero acierto, no sin excusarme por dejar de lado otros muchos valiosos aportes. Sin que se refirieran específicamente al tema central de esta ponencia, pero sí a aspectos relacionados con el enfoque anteriormente expuesto, Turkle, en 1978, y Roudinesco, en 1993, escribieron sobre las controversias y disputas en el psicoanálisis en Francia: Frosch, en 1991, lo hizo sobre las luchas de poder y diferencias personales en el psicoanálisis en Nueva York; King y Steiner (1991) sobre la controversia Freud-Klein en la Sociedad Psicoanalítica Británica después de la muerte de Freud; y Greenson (1974) sobre el manejo de la sesión analítica y algunas costumbres de los analistas con quienes compartía oficina.

En esencia, los analistas debemos atender en nuestro propio análisis y en los de los pacientes la tendencia a corromperse que atañe al desarrollo evolutivo de nuestro propio narcisismo. La tendencia a corromperse no se refiere a las actuaciones psicopáticas que presentan los pacientes fronterizos o los pacientes psicópatas estudiados profundamente por Kernberg (1975), sino a comportamientos más sutiles presentes en toda persona y susceptibles de percibirse con mayor frecuencia con el transcurso de los años. El freno a la corrupción no depende solamente de una concepción ética sobre cuya importancia ya existen trabajos analíticos dignos de consulta (Escobar, 1997), sino más que todo al buen desarrollo de los ideales, concebidos como un polo estructurante del *Self*.

Chessick, ya citado, trae el ejemplo de Freud como paradigma de resistencia ante la frustración de la vida y persistencia en sus ideales. Habiéndose propuesto no involucrarse en el espíritu del dinero, hizo la inversión

más segura posible en bonos del gobierno AustroHúngaro, pues no requería ni energía ni preocupaciones financieras. Por supuesto, todos perdieron su valor con la derrota de la primera guerra mundial y Freud terminó esta etapa de su vida casi en pobreza absoluta. A pesar de tal frustración, aún cuando su pensamiento pudo haber tenido un giro pesimista con el desarrollo del instinto de muerte, continuó y acrecentó su actividad creativa. Y, al final de su vida, luego de escapar a la persecución nazi, ya viejo y enfermo, a los 80 años de edad, declaró: La vida a mi edad no es fácil, pero la primavera es hermosa como el amor (Schur, 1972); frase que para Chessick es una visión extraordinaria de perspectiva incorruptible.

El analista debe prestar especial atención a su propia posición en la escala de corrupción, no solo como un asunto contratransferencial o como un elemento presente en la intersubjetividad con el paciente, sino como un estado que se transmite al paciente y tiene efectos en la reactivación del polo de los ideales de su *Self*. Si no se presta esmerada atención sobre los propios valores e ideales y sobre la motivación que se tiene para vivir y sacrificarse por ellos, se produce un efecto subliminal sobre el proceso terapéutico. En otras palabras, del estado del *Self* del analista depende el trabajo que este pueda hacer para cohesionar el *Self* del paciente. Atender a la supervisión del *Self* del terapeuta no quiere decir, obviamente, que no se atiende a la comprensión de los contenidos verbales del paciente, ni a la decodificación de los simbolismos inconscientes (González, 1993).

Ya para terminar debo aclarar que escogí un síntoma del paciente, producido por sus conflictos intersistémicos y por su déficit de desarrollo, en forma por lo demás arbitraria, ya que no me referí al cuadro psicopatológico que lo sustentaba, sino que lo aislé artificialmente para presentarlo en término de una metapsicológica de la corrupción, basada primordialmente en los trabajos de Freud, Erikson y Kohut.

Uno de los grandes problemas de la vida es la necesidad de soportar y elaborar la inevitable herida narcisista que ocurre no solo como una de las vicisitudes de la existencia personal, sino también de la existencia de cualquier cultura que lucha por manifestarse en el mundo circundante de civilizaciones hostiles y sin empatía (Kohut, 1984). Muchas personas, en forma similar al

paciente F., ante el daño narcisista, o aún ante la sola amenaza de sufrir algún daño, o ante el propio declinar y la expectativa de la muerte, pierden todo interés en los problemas de los demás y piensan exageradamente en sus innumerables malestares físicos y en sus penurias, no invierten más libido en su yo ideal o en el polo de los ideales de su *Self* y caen en la inconformidad permanente y en la desesperación.

Abstract

According to Freud, as a result of the unavoidable narcissist damage and the early physical impairment and the death; libidinal inversion is made over SELF which translates into a mind convolution (secondary narcissism) contrary to liberality and altruism. Erickson found that individual completely opposes to the desperation that accompanies life dissatisfaction. And Kohut separates also psychosexual from narcissist libido and peak in the cohesive Self and in the Self-loving, normal and mature, the grounds for ideals and values, the Self-esteem and love, and the others needs.

Failing now the capability of the Self, to put a curb on narcissist impairment, failing now the basic cohesive function of the nuclear Self, corruption appears as one of the unavoidable result. Both two approaches cannot be understood as antagonist, but rather as complementary ones, inasmuch as both two contribute to better understand the problem under analysis.

Both in the patient and in the analyst and in its institution as well as in the other human beings, and in the society at large, there exists the trend to corruption which is not something else the integrity, virtue and moral progressive impairment, the more frequent, the more time elapses and the individual faces with physical impairment and the death itself.

To such corruption stands against the full development of ideals and values, either by the successful achievement of *Self* cohesion during the personality evolution, or by the reactivation of such ideals during the personal analysis (psychoanalytical treatment). Because in the personality narcissist disturbance in would be more probable for the corruption trend to force its way, the analysis of such individuals requires for the analyst to bear in mind and become acknowledgeable *about* his/ her own ideals, the cohesion of his/her *Self*, and the potential personality structural failures.

At any rate, it is of the personal interest of everyone who has to do with others' psychological problems, get to know about, that the own ideals and values system might become impaired and, as a result, corruption makes its appearance.

Psychoanalysis practice involves, at present, to transfer to patients and candidates those notions, as well as disseminate such principles among the intellectual, academic individuals and community leaders.

Referencias

- Chessick, R. (1992) *The death instinct revisited*, J. Am. Acad. Psychoanal., 20, 3-28.
- (1994) On Corruption, J. Am. Acad. Psychoanal. 22, 375-397. Diccionario Enciclopédico Espasa Madrid; 1978.
- Erikson, E.M. (1950) *Infancia y Sociedad*, Bs. Aires: Paidós, 1959.
- Escobar, J.M. (1997) *Reflexiones de un Psicoanalista - Psiquiatría en torno a la Ética*, Inédito, leído en el IX Simposio de la Asociación Psicoanalítica Colombiana, Grupo de Estudios I.P.A., Bogotá, Mayo de 1997
- Freud, S. (1914) *Introducción al Narcisismo*, O. C., V. 14 Bs. Aires: Amorrortu, 1988.
- Frosch, J. (1991) *The New York psychoanalytic civil war*, J. A.m. Psychoanal. Assoc. 39, 1037-1064
- González, M. (1987) *La decadencia de un Grupo psicoanalítico*. Psicoanálisis (A.P.C.) 3, 113-115.
- (1993) *La Cohesión del Self - Meta terapéutica de un nuevo enfoque en Psicoanálisis*. Bogotá: Guadalupe.
- Greenson, R. (1974) *The decline and fall of the fifty-minute hour*, J. Am. Psychoanal. Assoc. 22, 785-791.
- Hartmann, H. (1939) *La psicología del Yo y el Problema de la Adaptación*, México: Pax, 1969.

- Kernberg, O. (1975) *Desórdenes Fronterizos y Narcisismo Patológico*, Bs. Aires: Paidós. 1979.
- (1987) *Trastornos graves de la Personalidad: Estrategias Psicoterapéuticas*. México: Manual Moderno.
- King, P. Steiner R. (Eds) (1991) *The Freud-Klein controversies*, New York: Tavistock/Routledge.
- Kohut, H. (1971) *El Análisis del Self*, Bs. Aires: Amorrortu, 1977.
- (1984) *¿Cómo Cura el Análisis?* Bs. Aires: Paidós, 1986.
- Meltzer, D. (1974) *Los Estados Sexuales de la Mente*. Buenos Aires: Kargieman.
- Roudinesco, E. (1993) *La Batalla de 100 años*, Madrid: Fundamentos.
- Schur, M. (1972) *Freud: Licing and Dying*, New York: Int. Univ. Press.
- Spengler, O. (1918-1922) *La Decadencia de Occidente*, 2 Vol; Vol. I: Preámbulo e Introducción, Vol. II: Perspectivas de la Historia Universal. Madrid: Espasa, 1940.
- Steiner, R. (1985) *Some thoughts about tradition and change arising from an examination of the British PsychoAnalytical Society's controversial discussions (1943-1944)*, Int. Rev. Psychoanal. 12, 27-71.
- Turkle, S. (1978) *Pschoanalytic Politics: Freud's french Revolution*. New York: Basic Book.